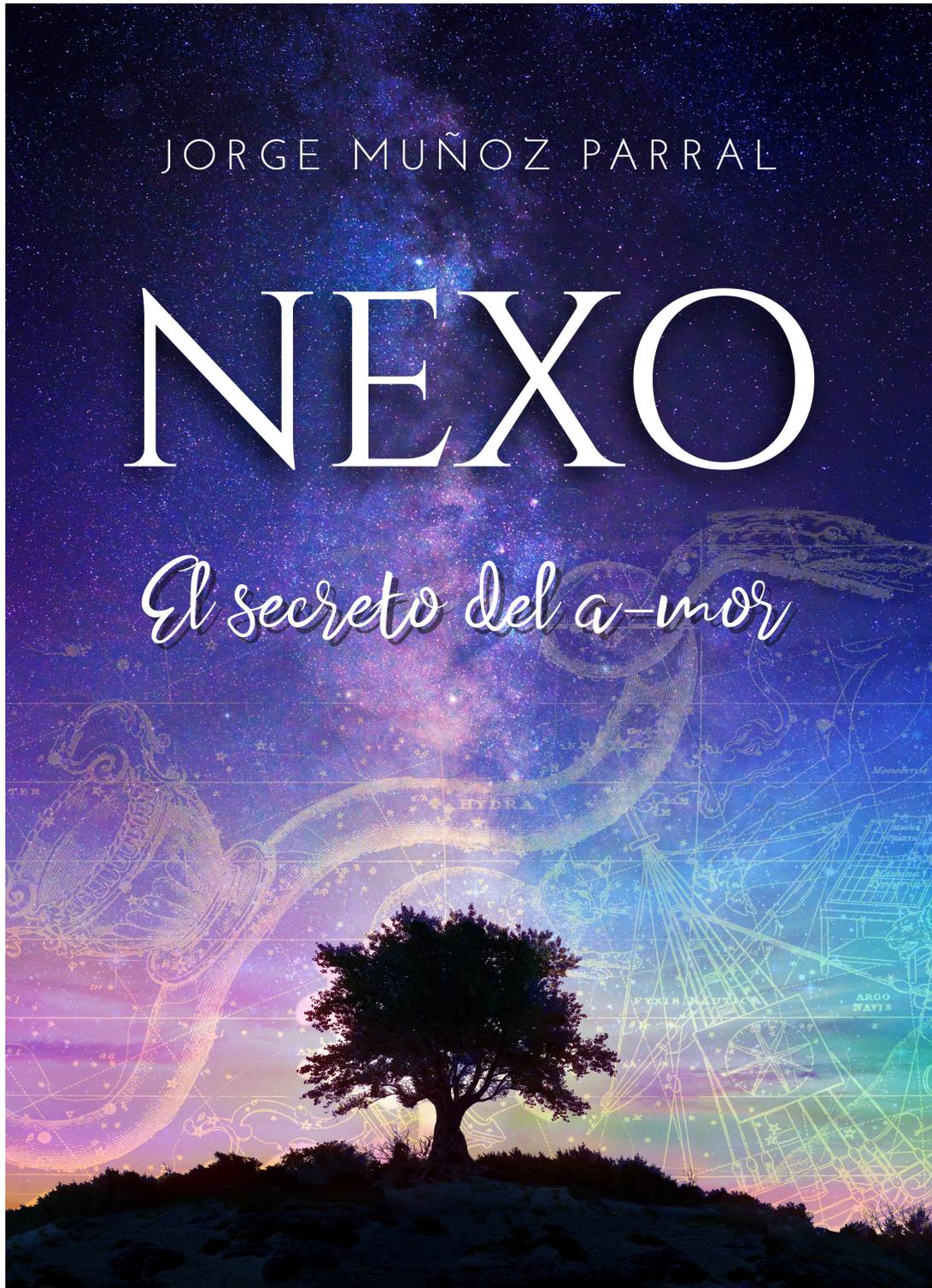


El Nexo: El secreto del a-mor

Jorge Muñoz Parral



Capítulo 1

NEXO

El secreto del a-mor

Copyright © 2021

Todos los derechos reservados.

Registrado en SafeCreative: 2101093712585

Si te gusta y quieres saber más, te animo a unirme a la comunidad "El Nexo" en Facebook, y a seguirme en redes sociales.

¡Te dejo las direcciones al final!

¡Espero que disfrutes con la lectura!

Un saludo.

Y ¿quién salvó aquel nido de la legión íbera

al perecer el árbol del cataclismo en pos?

¡España!, ¿quién te salva,

si la nave ligera que a remolque seguías, hundióse?

¡Solo Dios!

*Él colocó el tesoro de Atlántida en tu popa: te atracó al Pirineo de águilas
nidial; te puso tras el muro de la riente Europa, mecida por dos mares cual
Venus*

ancestral.

El dios de las riquezas por ello en ti pusieron los griegos,

tus montañas de oro al ver surgir; tus

tesoros más grandes que los de Colcos fueron; tú diste Edén a Homero, a Salomón Ofir.

*Y los pueblos al verte de Atlántida heredera te dicen en su entierro:
«¡Cual ella otra no hay!*

¿Qué importa a las abejas que no haya primavera si,

flor de las edades, les quedas tú?».

(Fragmento del canto primero —«El incendio de los

Pirineos»— de la obra *La Atlántida* de Jacinto Verdaguer)

El que no ama no ha llegado a conocer a Dios, porque Dios es amor.

Juan 4, 8

LA CARTA

Barcelona, 8 de octubre 2020

Anna Lefeville se encontraba trabajando afanosamente en su despacho. Eran las dos de la madrugada y, pese a que sus compañeros le habían dicho que se fuese a casa a descansar, ella quería acabar de pulir todos los detalles. Era la nueva jefa del Departamento de Restauración del MNAC en Barcelona.

Su antecesora se había jubilado hacía apenas dos meses, y ella había aplicado para el puesto vacante.

Ante las críticas de muchos de sus compañeros más experimentados, el Departamento había decidido dar un voto de confianza, apostando por la joven y prometedora historiadora.

Anna había sido una luchadora toda su vida.

Era consciente de que el vivir tan intensamente sus pasiones y su profesión la había privado de tener una juventud "normal". Sin embargo, a sus 34 años había conseguido una fulgurante carrera profesional.

Desde pequeña sus padres le inculcaron la importancia de la disciplina y el trabajo duro.

Todas las tardes a partir de los 8 años, iba al conservatorio y tomaba interminables clases de violín. Allí había aprendido que gracias a la

práctica y el esfuerzo podía llegar tan lejos como ella se propusiese.

Tenía claro que la constancia era lo único que podía hacerle vivir la vida que anhelaba.

Y, en efecto, últimamente la historiadora se encontraba viviendo un sueño.

Su pasión por la historia empezó ya desde pequeña, y más adelante, en la adolescencia, decidió terminar su incierta carrera musical, y dedicarse íntegramente a los estudios académicos.

Nada le fue fácil y tuvo que hacer muchos sacrificios. Dejó atrás todo su mundo conocido; amigos, familiares, a sus padres, para irse a estudiar sola a Barcelona. Pasó de vivir en un pequeño pueblo rural en Francia, a estar en una gran urbe en un país extranjero desconocido. Pero ella era fuerte, resuelta, decidida, y una vez daba un paso, jamás dudaba ni miraba atrás.

Nada de lo que había conseguido hubiese sido posible de no haber conocido a Andrés Wanderlust, un polifacético profesor de la Universidad de Barcelona que le había enseñado a enamorarse aún más de la Historia.

Se trataba de un hombre profundamente sabio, brillante, sin complejos, y extremadamente inteligente. Desde que lo conoció, supo que de alguna manera sus destinos estarían entrelazados y se convirtió en la primera alumna de la clase.

El profesor también vio en ella a una chica con un inmenso potencial. Le sorprendió ver una tenacidad y madurez insólitas para alguien de su edad.

Decidió, en cierta manera, adoptarla como su alumna favorita, cuidarla, pero sobre todo motivarla e impulsarla a crecer.

Dicen que el ángel de la guarda es el reflejo de lo que desde siempre estábamos destinados a ser, la mejor versión de nosotros. Y eso es lo que la influencia del profesor le hacía encontrar.

Sin embargo, le había costado horrores ganarse su confianza, y éste la había puesto a prueba en innumerables ocasiones.

Pero Anna era consecuente, decidida. No se dejaba amedrentar ni seducir

por los placeres fáciles y eso la convertía en una *rara avis*.

En cierta manera, tenía claro cual era su destino, y no iba a permitir que nada ni nadie le impidiese llegar a cumplir su voluntad.

Aquella noche del 21 de octubre se encontraba ultimando la presentación de la restauración de la pintura *Hércules buscando las Hespérides*, de Aleix Clapés.

La obra llevaba años almacenada en bastante mal estado en los sótanos del MNAC, y después de un laborioso pero excepcional proceso de restauración, habían conseguido que recuperase su aspecto original.

El inmenso cuadro, que originalmente estaba emplazado en la fachada exterior del palacio, había sido retirado por motivos desconocidos, y desde entonces estaba guardado en el almacén del museo.

Al día siguiente, se iba a colgar en uno de los salones principales de la mansión. Y ella tenía que hacer la presentación a toda la prensa.

Estaba ultimando el discurso en el ordenador. Su despacho estaba perfectamente ordenado, y olía al perfume de su característica colonia *J'adore*, de Dior. Debido al arduo trabajo de esos últimos días en el Palau Güell, había trasladado su despacho a una sala que le habían cedido en la primera planta de la mansión.

La historiadora se encontraba encantada con la nueva ubicación, y estaba nerviosa por ultimar todos los detalles para la rueda de prensa.

Le había costado mucho esfuerzo convencer a todas las partes; a la Diputación de Barcelona, al Departamento de Cultura de la Generalitat y, por último, a la familia Güell, de la necesidad de exponer de nuevo esa gran obra en su lugar de origen.

Pero después de meses de intenso trabajo, había conseguido «resucitar» aquella pintura.

Se encontraba escribiendo las últimas palabras de su discurso cuando oyó un fuerte golpe.

«¿Qué ha sido eso?» — Se preguntó extrañada.

Dejó de teclear y se quedó a la escucha. Le pareció que el sonido provenía de la segunda planta, el lugar donde al día siguiente se iba a colgar el cuadro.

«Debe de haber sido el guardia de seguridad».

A esas horas, solo estaban ella y el empleado en el edificio.

«¿Qué habrá pasado?».

Se levantó de la silla. Estaba ligeramente mareada, apenas había comido nada. Llevaba todo el día atendiendo llamadas y frente al ordenador.

Salió del despacho y subió las escaleras hacia la sala donde había escuchado el golpe.

«No voy a acabar nunca».

Caminó por un largo pasillo a oscuras. Había estado tantas veces allí que se conocía la mansión Güell de memoria. A medida que se acercaba contempló la antesala al fondo iluminada.

Cuando por fin llegó, no pudo creer lo que veía.

El marco de madera original recién restaurado, donde al día siguiente iban a colocar la obra, estaba en el suelo, con un gran golpe en una esquina, completamente desencajado. El guardia de seguridad, un tipo de tez pálida de mediana edad con bigote, estaba agachado justo al lado. Se levantó sorprendido al ver a la historiadora.

A Anna se le vino el mundo abajo.

—¿Pero qué demonios ha pasado?!

—Lo siento..., pasé por el lado y se me cayó —dijo el vigilante nervioso.

La historiadora no podía asimilar que le estuviese ocurriendo eso. La presentación era mañana, y ya no tenía tiempo para arreglarlo.

—¿Tú eres consciente de lo que cuesta esto?!

—Lo siento, de verdad —respondió avergonzado.

Anna se llevó las manos a la cabeza, había fragmentos de madera por todo el suelo.

Pensó rápidamente. La única solución que se le ocurrió fue que tendría que colocar un marco provisional, y enviar a restaurar de nuevo el antiguo.

«Más trabajo, fantástico», pensó sarcásticamente. Respiró hondo y se tranquilizó. —A ver, ayúdame a moverlo con cuidado y dejémoslo a un lado —dijo agachándose.

El guardia cogió el maltrecho marco por una esquina, y justo cuando lo alzó, un arrugado papel amarillento cayó al suelo.

Lo colocaron junto a la pared, y Anna se inclinó a coger la hoja.

Al parecer era bastante antigua y estaba escrita con una perfecta caligrafía.

«¿Qué será esto?».

La inspeccionó por encima, aunque no distinguía bien las letras.

«Mejor voy al despacho a coger

las gafas». Se fijó en la parte inferior del documento y pudo reconocer la firma.

J. Verdaguer

«¿Jacint Verdaguer?»

Parecía que era una carta escrita por el poeta catalán. Pero qué hacía en el interior del marco?

Con el hallazgo Anna se había olvidado completamente del suceso anterior, y sostenía el documento con curiosidad. «Esto es increíble».

—Eh... creo que debería dejar el manuscrito en custodia, por si es algo importante —dijo el vigilante.

—No se preocupe, soy la encargada del Departamento de Conservación del museo, lo pondré a buen recaudo. Intente recoger un poco esto, mañana arreglaremos lo que falte. —replicó la historiadora sin dejar de

mirar la carta.

El pálido guardia estaba de pie observándola fijamente.

Anna empezó a caminar hacia su despacho.

«¿Qué pondrá?».

Fuese lo que fuese, lo dejaría pospuesto para el día siguiente, después de la presentación.

«Ahora tengo que descansar».

Cruzó el pasillo a oscuras, mientras sus tacones hacían eco en todo el edificio. Caminaba por una estancia llena de sombras con columnas a ambos lados.

De repente empezó a escuchar otros pasos. Eran los del guardia de seguridad, que venía detrás. Las botas militares resonaban con fuerza contra el suelo de mármol. «Le dije que lo recogiese. ¿Qué estará haciendo ahora?». Apresuró el paso, era tarde y quería marcharse cuanto antes a casa.

De pronto, notó cómo los pasos del guardia también habían acelerado, y se estaban acercando.

«¡Qué extraño!».

El corazón de la historiadora empezó a latir con más fuerza y, sin mirar atrás, incrementó la velocidad a paso ligero. El despacho estaba al final del pasillo.

Escuchó los pasos del guardia detrás, cada vez eran más rápidos.

Víctima del miedo, la historiadora empezó a correr desesperadamente hacia el despacho.

A los pocos metros de la puerta, se giró y vio aterrorizada al hombre de bigote dirigiéndose a toda velocidad hacia ella.

Entró al despacho y cerró la puerta con pestillo.

Se quedó parada detrás, con la respiración ahogada.

El corazón parecía que le iba a explotar, estaba temblando.

Escuchó que los pasos se detuvieron al llegar delante de la puerta, y hubo unos segundos de silencio.

Anna estaba inmóvil, bloqueada por el miedo.

De repente el guardia aporreó con fuerza la puerta.

—¿Qué quieres de mí?! —dijo asustada la historiadora.

—¡Sal del despacho ahora mismo! —gritó—. ¡Dame la carta!

—¿Pero para que la quieres?!

—¡Dame la carta si no quieres sufrir ningún daño!

El vigilante golpeaba cada vez más fuerte.

«¿Qué demonios está pasando aquí?!».

La fina puerta de madera temblaba con cada impacto del guardia.

Sin pensarlo dos veces, la historiadora cogió el teléfono y llamó a la policía.

Hubo un silencio.

—Hola —dijo con la voz temblorosa, casi ahogada— soy Anna Lefeville, jefa de restauración del MNAC. Estoy trabajando en el Palau Güell. Un agente de seguridad está intentando acceder a mi despacho. ¡Por favor, vengan rápido, creo que quiere hacerme daño!

—¿Un agente de seguridad? —preguntó la policía. — Sí, me ha perseguido corriendo y ahora quiere entrar en mi despacho. ¡Por favor, dense prisa!

—De acuerdo, vamos para allí.

De súbito los golpes cesaron.

La historiadora se quedó a la espera.

Hubo un completo silencio.

Su respiración sonaba agitada.

Parecía que el agente se había marchado.

La historiadora se apoyó en la pared y respiró aliviada. No podía entender qué había pasado, estaba intentando ordenar sus pensamientos.

«¿Qué pasa? ¿Por qué tiene tanto interés por este documento?».

Pese a no escuchar nada, la historiadora prefirió quedarse dentro del despacho hasta que viniese la policía.

«Espero que no tarden mucho».

De repente, al cabo de unos segundos, se escuchó un tremendo impacto y la puerta tembló.

Y después, muchos más golpes repetidos.

Sonaba como si estuviesen atizando la puerta con un gran objeto.

—¡Te he dicho que salgas! ¡Joder! —Escuchó que decía el desconocido.

—¿Pero ¿qué quieres de mí?!

—¡Ya te lo he dicho, dame la maldita carta!

Anna estaba presa del pánico. Parecía que la puerta no iba a resistir mucho más.

Cogió la carta que tenía arrugada en la mano y la escondió instintivamente dentro del sujetador.

De repente, con un gran golpe, la cerradura cedió unos centímetros y dejó la puerta a punto de abrirse.

—¡No tienes donde escapar! ¡Dame la carta! —decía el hombre de bigote.

La historiadora miraba con horror hacia la entrada. Era cuestión de

minutos que cediese.

Se giró y observó la ventana del despacho, que daba a la calle. La abrió y se asomó.

Estaba en un primer piso, a unos 4 metros del nivel del suelo.

«No va a aguantar mucho más, ¡tengo que salir cuanto antes de aquí!».

Sin pensárselo demasiado, la historiadora se subió a la ventana y se sentó en el alféizar.

El desconocido seguía golpeando la puerta.

Armándose de valor y temblando, se dio media vuelta y desprendió las piernas, agarrándose a la cornisa. Justo en ese momento la cerradura cedió, y pudo ver al guardia de seguridad entrando a toda velocidad en la sala y dirigiéndose hacia ella.

La historiadora cerró los ojos y se dejó caer.

Sintió vértigo, y al cabo de unos instantes, el fuerte impacto del suelo en los tobillos y las rodillas.

Se levantó y miró a cada lado, la calle estaba completamente desierta.

Dirigió la vista hacia arriba, pero tampoco pudo ver al agente.

Lo había conseguido.

Al cabo de unos pocos segundos, escuchó unas sirenas y vio el reflejo azul del led de la policía.

Dos agentes se bajaron del coche.

El primero de ellos se trataba de un hombre cuya edad debía rondar los cincuenta, de pelo rasurado cano, con la espalda ligeramente curvada. Era bastante moreno de piel, y tenía una ancha y redondeada nariz. Iba

vestido con una chaqueta a franjas rojas, azules y amarillas fosforita con el emblema de los Mossos d'Esquadra.

Llevaba el típico gorro de policía azul marino, con una banda roja. El otro vestía una boina, la historiadora intuyó que debía ser unos rangos inferior

—Buenas noches. ¿Es usted Anna Lefeville? —dijo el hombre con chaqueta.

—Sí, os acabo de llamar.

—Soy el Inspector Joan Vargas. Cuénteme ¿Que ha pasado aquí?—dijo con el ceño fruncido.

—Estaba trabajando en mi despacho cuando escuché un sonido estridente —dijo agitada—. Fui a mirar qué había pasado y vi al guardia de seguridad... —Pensó en decir lo de la carta, pero intuitivamente prefirió evitarlo—. Y cuando me iba empezó a perseguirme por el edificio. Me encerré en mi despacho, pero seguía forzando la puerta. Estaba muy asustada. Ha sido todo muy rápido y confuso.

—Entiendo... un vigilante de seguridad —dijo el Inspector mirando al compañero—. ¿Está segura de que no era por algún otro motivo que la perseguía? ¿Me puede enseñar su identificación, por favor?

Anna les mostró temblorosa su carné.

El policía de la boina se puso a hablar por el *walkie* verificando sus datos, mientras el Inspector se la quedó mirando.

—Disculpe, pero tengo que cachearla.

—¿Perdone? Esto debe ser una broma. —No podía creer lo que estaba escuchando—. Hay un tipo allí arriba que me estaba persiguiendo, intentándome atacar, ¿y ustedes se ponen a comprobar mis credenciales y a registrarme?! Esto es increíble!

—Es por protocolo, señorita. Está usted en un lugar protegido, nos tenemos que cercionar de que no se ha llevado nada de aquí.

—¡Pero si soy la jefa de Restauración!

—Lo siento, el protocolo nos obliga a cachearla. Si no quiere tener problemas, la insto a que colabore con nosotros.

El policía le puso las manos en los hombros y fue recorriéndole el cuerpo.

Palpó el interior de los bolsillos. Y al no encontrar nada dijo:

—Está limpia. De acuerdo. Vamos a ver qué ha pasado allí arriba. —dijo el Inspector, dirigiéndose al otro agente que ya había acabado de hablar por el *walkie*.

Anna se quedó fuera de la mansión esperando unos largos minutos que se le hicieron eternos.

Hacía frío y solo llevaba un fino jersey de algodón, deseaba llegar a casa cuánto antes.

No podía creer que le estuviese pasando esa situación tan surrealista a ella, y justo la noche anterior a la presentación. Al cabo de unos minutos bajaron los dos agentes con un hombre vestido de seguridad.

—¿Es esta la persona que le perseguía? —preguntó el Inspector.

Se trataba de un chico joven, con unos kilos de más, que no había visto antes.

—No era él. Me refiero a un hombre de mediana edad, pálido, con bigote.

—Señorita, en el edificio no hay nadie más. —dijo con una sonrisa irónica Joan Vargas.

—¿Cómo?! ¡¿Y el vigilante que yo vi?!

—Porfavor, calmes. El encargado de seguridad ha pasado toda la noche en la garita de la terraza. Dice que no ha visto nada en las cámaras.

—¿Me están tratando de loca? ¡Esto debe de ser una broma!

—Mire, le recomiendo que se vaya a casa. Se le ve alterada.

Es tarde y a veces la imaginación nos juega malas pasadas...

—¡Pero si ha forzado la puerta de mi despacho! — Haremos las investigaciones pertinentes e inspeccionaremos la zona. Por el momento la insto a que se vaya a su casa a descansar. Déjenos realizar nuestro trabajo. Acérquese por comisaría a poner la denuncia cuando lo crea pertinente. Mientras tanto, si vemos algo, nos pondremos en contacto con usted.

Los dos policías se retiraron hacia el interior del palacio, junto con el

encargado de seguridad. Anna se quedó sola enfrente del edificio.

«¿De qué va todo esto?!».

Se tocó el pecho y notó el documento.

«Tengo que largarme de aquí».

Fue a buscar su coche a un cercano parking subterráneo. No se sentía segura, y miraba constantemente detrás suyo por si alguien la seguía.

«¿Qué pasa con esta carta? ¿Qué tiene de especial?».

Llegó al aparcamiento y se montó en el coche.

Cogió unas gafas de la guantera. Cerró las puertas, puso la calefacción y respiró aliviada.

Sacó el documento del interior del sujetador y se dispuso a leerla.

Estimado amigo:

Me apena decirle que nuestros planes se han visto truncados.

He realizado las averiguaciones que me mandó y tengo que darle unas noticias agridulces.

En primer lugar, debo felicitarle por su intuición tan afinada, y me gratifica notificarle que tenía razón.

Lo que usted buscaba existe. Siempre ha estado aquí.

Su búsqueda me ha llevado A Donde Nunca Imaginé.

Sin embargo, la hora de darlo a conocer aún no ha llegado.

Así como el mundo tuvo que esperar una señal del cielo para que Nuestro Señor Jesucristo se presentase a la humanidad, me temo que este proyecto tan ambicioso tendrá que esperar a que llegue una época similar.

El verano aún no ha llegado, y los osos todavía duermen en la cueva.

Pese a las dificultades que se me han presentado, y que estoy seguro voy a tener, le debo decir que ha valido la pena el lastimoso trayecto que he

realizado.

Soy un hombre nuevo, y ya no temo el aullido de los lobos.

Sé que voy a ser irremediabilmente excomulgado, y a vivir el resto de mis días en la miseria.

Pero, ¿qué es una vida limitada, insignificante, enfrente a la totalidad del universo?

Como Atlas cuando fue sometido a sostener el mundo, lo haré de sumo gusto.

La satisfacción de haberlo hallado es superior a cualquier dolor terrenal.

He encontrado, gracias a usted, la salida a miles de años de laberinto, el secreto más importante de la humanidad. La respuesta a las grandes preguntas que siempre se ha formulado el ser humano. El secreto del amor...

Siento un gran alivio interior, aunque sé que este hecho me va a condenar el resto de mis días.

Me temo que usted y yo solo somos la semilla del mundo que vendrá.

El cuadro que quiere colgar en la fachada de su palacio será el testimonio para los que vendrán después de nosotros. Solo podemos regocijarnos por haberlo descubierto.

He depositado el manuscrito que tanto me ha ayudado en el lugar donde nadie lo pueda encontrar hasta que llegue el momento.

Está más allá de la muerte.

494 344 26

Siempre su amigo,

Jacint Verdaguer

1980

«No lo puedo creer».

«¡Tengo que hablar con el profesor!».

LA LLAMADA

2 meses después...

Barcelona, 19 de diciembre 2020

David Gavany era un exitoso y reconocido periodista.

Uno de los mejores de su generación.

Había aparecido en muchas ocasiones en televisión, y desde que publicó su famoso libro *Los secretos de la Sang-Real*, su nombre había estado en boca de todos.

De aspecto atlético y atractivo, siempre acostumbraba a ser el centro de todas las miradas.

Deportista profesional, corredor de triatlones, el periodista era la viva imagen de una persona que había conseguido todo lo que se había propuesto.

Después de una notable carrera universitaria en la Sorbonne en París, con excelentes calificaciones, fue graduado *cum laude* en Ciencias de la Información, y cursó varios másteres especializándose en Antropología y

Filosofía Antigua.

David era una persona inconformista, y desde muy pequeño sentía una necesidad imperiosa de aprender, de conocer.

Sus padres habían fallecido cuando él tenía a penas 5 años en un accidente de avión.

No conservaba muchos recuerdos de ellos. Se había criado entre Francia y Barcelona, en casa de sus tíos, estableciendo un vínculo especialmente estrecho con su abuelo.

El periodista era una persona metódica, práctica, e independiente.

Los veranos que había pasado en la infancia en Toulouse junto a su familia habían despertado en él ese amor por el saber.

Su abuelo, que era una persona bastante reservada, pero de extremada inteligencia, le había inculcado la sana costumbre de preguntarse el porqué de todo, de no dar nada por supuesto.

«Siempre hay algo que aprender», le decía a menudo.

Le había enseñado a ser la persona que era hoy en día. Desde entonces su frase había sido el famoso lema de la Ilustración: *Sapere aude*, atrévete a pensar.

Y es que David era un todoterreno, osado, y sumamente perspicaz. Metía la nariz en todos lados, sin importar lo delicado, o incluso peligroso que fuera, siempre en búsqueda constante de una gran noticia. Era un tipo sin miedo.

El periodista tenía a menudo la extraña sensación de que había algo muy importante que no llegaba a percibir, un enigma muy cercano, que le esperaba a la vuelta de la esquina, pero que siempre se le escapaba. Seguramente ese fue el motivo por el cual decidió estudiar Periodismo, para revelar lo que estaba oculto y conseguir tal vez aliviar ese deseo.

La incesante atracción por descubrir aquello que no veía lo llevó durante la época universitaria a recurrir a todo tipo de maestros, gurús, descubriendo la espiritualidad, el yoga y las doctrinas orientales. Sin embargo, ese sentimiento de ausencia en el pecho nunca desaparecía. Era

como un anhelo, una nostalgia, de origen desconocido, que siempre le había acompañado.

Cuando acabó la carrera, empezó a trabajar en un conocido periódico de Barcelona. Había estado detrás de muchos de los «bombazos» informativos de su diario, escándalos políticos, filtraciones, corrupción... lo que le había hecho ganarse el respeto de sus compañeros y, sobre todo, del director del periódico.

Todos los sábados, el público esperaba con expectación su columna de opinión, que siempre era ardiente y explosiva.

Había aprendido a conseguir la información que necesitaba por todos los medios, consultando libros y registros, o haciendo uso de su sabido encanto. Pero sobre todo haciendo caso de su intuición, que siempre le había ayudado y, de hecho, era su arma secreta.

A menudo pensaba que si no se hubiera dedicado al periodismo, le hubiese gustado ser detective.

A pesar de todos sus logros, los éxitos que conseguía nunca eran suficientes, y siempre persistía esa continua insatisfacción que le perseguía desde muy pequeño.

En el fondo, no era completamente feliz.

Los días pasaban y se daba cuenta de que cada vez estaba más lejos de conseguir desvelar ese gran secreto, que siempre intuyó, pero que nunca pudo encontrar ni verbalizar.

Lo único que le ayudaba a paliar esa sensación era cuando se sumergía en los misterios de la historia.

Las enormes construcciones de la Antigüedad, los secretos de las grandes religiones, la simbología, el apasionante mundo de las sociedades secretas...

El hecho de encontrar casos sin explicación activaba su cerebro, le hacía soñar y le llenaba de una energía indescriptible.

Le hacía sentir como el niño que, maravillado, paseaba por el campo junto a su abuelo, ansioso de descubrir un sinfín de novedades que se hallaban ocultas en el bosque. En cierta manera sabía que estaba destinado a entender estos grandes enigmas, y se había prometido llegar a resolverlos

uno a uno.

Su vida, en realidad, era un constante intento de revelar todo lo que estaba oculto.

Gavany vivía en un bonito estudio remodelado en la calle Rosselló, en Barcelona, de altos techos y amplias habitaciones.

Su casa tenía todas las comodidades que cualquiera podría desear, era la viva imagen del éxito del periodista.

Un bonito parqué *beige*, un gran sofá chéster de piel, una enorme tele de alta definición, estanterías repletas de libros, una pequeña chimenea decorativa, una mesa llena de apuntes y un potente ordenador de última generación. Lo tenía todo, pero se sentía terriblemente vacío.

A sus 35 años, y con una imaculada carrera profesional detrás, vivía solo en compañía de su gato.

Nunca había sentido la necesidad de vivir en pareja, y pese a que soñaba encontrar a su alma gemela, con su ocupada agenda, y los largos entrenos que realizaba, nunca había tenido el tiempo necesario para dedicarlo a otra persona, y sus antiguas parejas siempre se habían cansado de ese ajetreado modo de vida.

Aquella noche, la ciudad se hallaba en completa calma, como expectante.

Eran las 3 p. m., y Barcelona estaba prácticamente en silencio.

Se escuchaba lejanamente el eco de una sirena de ambulancia y el zumbido de una solitaria moto.

Su gato estaba durmiendo plácidamente a los pies de la cama cuando de repente sonó una llamada en el móvil, iluminando por completo el dormitorio a oscuras.

David, que se encontraba en pleno sueño, después de una larga jornada laboral y de haber hecho su intenso entreno diario, se despertó.

«¿Qué demonios?», pensó David, rascándose los ojos. Miró la pantalla del móvil y vio un prefijo de fuera de España.

«Debe ser la maldita publicidad otra vez».

Se disponía a colgar y volver a dormir, pero tuvo un pequeño presentimiento. Algo le decía que esa llamada podía ser importante.

Cogió el teléfono y respondió.

—¿Dígame? —dijo con los ojos aún cerrados.

Silencio.

—¿Hola?

Ruido de fondo.

—¿Señor Gavany? —Se oyó una voz lejana y rasgada, con un marcado acento francés.

—¿Sí? ¿Quién llama? —dijo David dudando.

—Disculpe, en primer lugar, por llamarle a estas altas horas de la noche, pero tengo que transmitirle un mensaje de extrema urgencia.

—¿De qué se trata? ¿Ha pasado algo? —El periodista pensó que podía ser algo grave.

—Hemos recurrido a usted porque hemos — «¿Hemos?»— estado siguiendo su trayectoria, y creemos que es la persona adecuada. Espero que esté a la altura de la situación.

—¿Con quién hablo? ¿Quién le ha dado mi número? — Mi nombre apenas importa. Nos hubiese gustado tener más tiempo para hablar y poder explicarle el caso en detalle, pero el tiempo apremia.

»Se están dando unos acontecimientos que indican que es el momento de revelar una información muy reservada. Probablemente el secreto mejor guardado de la historia. »Tenemos indicios para pensar que van a intentar sabotear la revelación de esta información.

»Necesitamos a alguien con su perfil, sus aptitudes y su experiencia. Creemos que usted, con su currículum intachable, puede ser esa persona. Es una oportunidad única, por lo que estoy seguro de que, si es inteligente, no la dejará pasar.

«¿De qué va esto?» pensó.

—Nos jugamos mucho, y no podemos permitir que se pierda en el olvido otra vez. Le ruego que tome en consideración la proposición que le voy a

hacer y que porfavor nos ayude. Cuando sepa de qué se trata, no se arrepentirá.

El tono del francés transmitía una gran seguridad, y el olfato periodístico del periodista intuía que podía haber una gran noticia detrás; sin embargo, por experiencia, nunca hacía caso de llamadas anónimas sin antes analizar el caso en profundidad.

—Disculpe, pero no sé de qué se trata, y creo que estas no son maneras ni horas de tener una conversación de trabajo... Le recomiendo que me escriba y, en tal caso, concertaremos una entrevista personal.

—Usted no nos conoce, pero nosotros a usted sí, David.

Llevamos observándole desde hace mucho tiempo. —¿Perdone? —dijo extrañado.

—Sabemos que se queda hasta tarde cada día leyendo, cómo late su corazón cuando está detrás de una gran noticia o descubrimiento. El dolor que le da no llegar a entender lo que le rodea, cuando presiente algo tan cerca, pero no lo puede alcanzar...

Sabemos lo vacío que se siente, las ganas irremediables que tiene de estar en otro lugar, en otra situación. Nosotros también lo hemos sentido, somos como usted —añadió enigmáticamente.

«Esto debe ser una maldita broma», pensó David.

El francés continuó hablando:

—Hay gente tocada por esta llama, que ya está predestinada antes de nacer. ¿Qué se cree que es ese sentimiento de anhelo que siente a menudo, de un lugar o una situación que nunca ha vivido? Eso son recuerdos del futuro.

«Lo que me faltaba, que me hablen de metafísica a las 3 de la mañana», pensó.

Sin embargo, el periodista estaba intrigado y no entendía cómo esa persona estaba leyéndole a la perfección sus pensamientos y sentimientos más profundos. Aun así, no estaba dispuesto a hacer caso a una llamada anónima hecha a altas horas de la noche.

—Bueno, escríbame a mi correo y en todo caso concertaremos una cita.

—Todas las preguntas que tiene, le serán respondidas en su debido momento. Sé que estará pensando que todo es una broma, o que no tiene sentido, pero ahora mismo una parte de usted se está preguntando cómo es posible que yo sepa toda esta información. Y en el fondo sabe que lo que le estoy diciendo es absolutamente cierto. Solo le pido que haga un pequeño acto de fe y siga a su intuición.

David pensó que quien realizaba la llamada tenía un guion muy bien preparado, que casualmente se había ajustado perfecto a su forma de ser.

«Bonita coincidencia, casi pico».

Tenía ganas de colgar la llamada, aunque una parte dentro suyo, el instinto periodístico, que nunca le había fallado, en este caso le decía que tenía que disponer de más información.

—¿Y qué se supone que quieren de mí?

—Va a empezar un camino, pero le advierto que nada después volverá a ser igual, ni tan siquiera usted mismo. Lo único que tendrá que hacer es un pequeño acto de fe, un salto al vacío y seguir a rajatabla nuestras instrucciones. — La verdad es que no sé de qué va todo esto. ¿Y por qué contactan conmigo?

—Ya se lo he dicho, tiene las aptitudes necesarias, es algo que ya estaba fijado en su destino. Simplemente, usted ha estado haciendo tiempo, durante toda su vida, esperando a que esta llamada se produjese...

—¿Es esto una broma? Creo que se están equivocando de persona.

—No es necesario que lo entienda y, de todas maneras, tampoco se lo podría decir. Lo único que tiene que hacer es seguir los pasos que le iremos indicando y sobre todo no separarse nunca del camino marcado.

»Todo tiene un porqué y en su momento lo entenderá a la perfección. Si no le digo más es por su propia seguridad. Pero le puedo asegurar que lo que tiene por delante se trata de la historia más increíble jamás contada, la «salida a miles de años de laberinto». Y es inminente.

—Lo siento, pero no me puedo inmiscuir en algo que no entiendo y que no sé. ¿Cómo se supone que debo investigar sobre algo que desconozco? Soy un hombre ocupado y no puedo estar perdiendo mi tiempo...

—Bonita palabra, el tiempo. Créame cuando le digo que de lo único que no

tiene tiempo es de vivir su vida ordinaria. Hablaremos más adelante.

Por ahora le insto a que, si decide colaborar con nosotros, contacte con Andrés Wanderlust y le pregunte por sus recientes investigaciones en torno al mito de Hércules. Con eso tendrá más que suficiente.

Ah y no se preocupe por lavar la manzana, ya está limpia.

— ¿Cómo? ¿Pero ¿de qué va todo esto? ¿Quién es usted?

El francés colgó el teléfono.

«¿Qué demonios?».

David estaba confuso, no acababa de entender lo sucedido. Su mente seguía desconcertada e intrigada. Su corazón latía con fuerza.

Realmente el desconocido no le había dicho nada demasiado concreto, pero sentía como si se hubiesen metido dentro de su cabeza.

No era la primera vez que recibía llamadas anónimas, pero esta había sido completamente diferente.

Le sorprendió con qué facilidad el desconocido había leído su mente como un libro abierto.

Pasados unos minutos, la situación volvió a la normalidad.

«¿Hércules? Debe ser alguna broma, o algún desequilibrado».

Había conocido a todo tipo de gente en sus pesquisas, sobre todo en las corrientes del esoterismo y *new age*. Sabía que entorno a esa temática se juntaban las mentes más lúcidas, así como algunas personas desequilibradas que habían perdido completamente el rumbo, y que podían llegar incluso a ser peligrosas. Por eso siempre decidió mantener una distancia prudencial y tocar de pies en el suelo.

Además, ¿qué tenía él que fuese tan especial?

Solo era un periodista conocido, uno más entre muchos.

Probablemente su mayor mérito había sido escribir el ensayo de *El secreto de la Sang-Real*.

La obra que escribió en sus tiempos de corresponsal en Tel Aviv cosechó

muchos éxitos y fue ampliamente aclamada por la crítica.

Su gran pasión, aparte del periodismo era la Historia. El afán por querer responder todas las preguntas, y resolver todos los misterios, le había llevado a investigar los grupos de poder, sociedades secretas, la historia oculta.

La sensación de adrenalina, de estar buscando un conocimiento prohibido, le era adictivo.

Tenía una afinada capacidad de investigación, que junto con su peculiar manera amena de escribir, combinaban a la perfección.

El ensayo se basaba en una investigación sobre el origen de las familias reales y su relación con los objetos sagrados, como el Santo Grial.

Había accedido a genealogías, contactado con

informadores y descubierto vínculos hasta ahora inéditos. Era una obra atrevida, mordaz, que de alguna manera relacionaba hechos de la más remota antigüedad con la actualidad más puntera.

La publicación del libro, había provocado un gran revuelo, y creado una multitudinaria comunidad de lectores interesados.

Su principal inspiración fueron las historias que le contaba su abuelo por las noches al lado de la chimenea crepitando. Le hablaba a menudo de los trovadores y de los misteriosos *bons homes* que habitaban esas tierras. Del fabuloso tesoro que custodiaron.

El periodista había crecido escuchando aquellos relatos, casi como cuentos. Cuando decidió plasmarlo en una obra de investigación le fue sumamente sencillo.

Tuvo que esperar unos años y madurar, para profundizar más en el asunto y allí fue cuando descubrió dos de sus temas preferidos de estudio: la cábala y el gnosticismo. Las doctrinas iniciáticas por excelencia en la Edad Media.

Desde pequeño había sentido una gran atracción por las culturas de Oriente Medio. Eso, sumado a su interés por encontrar una explicación a la sabiduría hermética occidental, le condujo a profundizar en estas doctrinas. La cábala y el gnosticismo tenían muchos puntos en común, y se caracterizaban por dar una explicación del significado del lenguaje simbólico de la Biblia.

Afirmaban que las Sagradas Escrituras habían sido escritas en clave, y que

custodiaban, según una larga tradición oral, la llave para descifrarlas.

Otro hecho en común es que fueron perseguidas duramente, y acusadas de herejía.

Estas ideologías, finalmente diezmadas, pasaron en la mayoría de los casos a la clandestinidad, dando origen a muchas de las sociedades secretas de la actualidad. Basado en todo este conocimiento, David elaboró un curioso ensayo donde la actualidad, la mística, el

conocimiento oculto, la mitología y el relato bíblico se entrelazaban de manera muy efectiva y original.

Aportaba una manera racional y a la vez metafísica de entender la actualidad. La crítica aclamó su libro y sus editores ya le pedían una nueva obra.

Sin embargo, desde que había llegado a Barcelona, hacía apenas dos años, no había podido escribir nada. Sus pozos se habían secado, ya no encontraba inspiración.

Tal vez esa llamada era una señal, y podría ser la oportunidad de escribir de nuevo un gran libro.

David volvió a acostarse en la cama y siguió pensando con los ojos cerrados. Realmente tenía cosas más importantes que hacer que estar pendiente de una llamada anónima recibida a las 3 de la mañana.

De repente escuchó un sonido. Cómo si llamasen a la puerta.

«¿Qué ha sido eso?».

Al principio creyó que era producto de su imaginación, y siguió tratando de conciliar el sueño.

Al cabo de unos minutos, volvieron a golpear la puerta, tres golpes secos.

Extrañado, se levantó, y con el corazón latiéndole fuertemente fue hacia la entrada. No tenía claro qué hacer, pero intuía que no podía ser nada bueno a esas horas de la noche.

Observó por la mirilla, pero allí no había nadie.

«Qué extraño».

Se quedó observando y le pareció ver algo en el suelo.

Después de pensarlo un poco, abrió la puerta con decisión y miró a los lados, el pasillo estaba completamente vacío. Justo delante de la alfombrilla de la entrada, enfrente de su puerta, había una caja de cartón. La recogió y entró en la casa.

Aparentemente era una paquete normal y corriente.

Miró la pegatina: "A la att. del Sr. Gavany."

Y se fijó en el remitente: "Hercules, Olimpya." «Esto debe ser una broma de mal gusto».

La caja no pesaba demasiado.

«¿Y si es algo peligroso?»

La apoyó en la mesa del salón y después de observarla pensativo durante unos minutos, decidió abrirla.

En el interior, en medio de papel de diario, había una manzana roja y, al lado, una nota.

«¿Qué diablos es esto?».

Cogió la hoja de papel, que parecía antigua y estaba escrita con excelente caligrafía, y la leyó.

Apreciado Jacint,

El destino es algo indescifrable, me temo que somos fichas en un inmenso tablero cuyas normas y designios desconocemos.

Somos guiados por los caprichos de Cronos, zarandeados por los vientos de Eolo, que como el barco Argo, surca un mar infinito.

Tenemos por delante la mayor aventura a la que jamás que se ha enfrentado la humanidad y su fruto pertenece al futuro. El umbral hacia una fuerza ilimitada, el pozo de las mil maravillas que se esconde como una tímida doncella de las miradas curiosas.

Esta gran gesta, tiene sin embargo un gran enemigo. Se encuentra oculto en el último lugar dónde mirarías. Lo observa todo con detenimiento, sin embargo nadie nunca le verá. Se trata de la astuta serpiente antigua, el

gran guardián, que vigila y dictamina quién es digno para acceder.

Hemos cumplido nuestro papel, y ahora sólo nos queda esperar.

En la Biblia, el profeta Samuel viajó a Belén y entre todos los hijos de Jesé, eligió a David. No por ser el más preparado, sino porque tenía buen corazón.

Me pregunto, ¿Cuanto tiempo más tendrá que esperar la humanidad hasta que el elegido se dé cuenta de quien realmente és?

Me temo que el mañana, está escrito en el pasado.

Como es arriba, es abajo.

494 344 26

Eusebi Güell. 1980

Muchas gracias por tu lectura!



¿Te quedaste con ganas de saber más?

Descubre como continúa la historia comprando el libro completo en :

<https://amzn.to/3dpp1C3>

¿Te ha gustado?

Comparte tus opiniones en las redes sociales, etiquétame o utiliza el hastag #elsecretodelamor

www.instagram.com/jorgemunozpr
www.facebook.com/jorgemunozpr

Así mismo, te invito a unirte a la comunidad de "El Nexo" en Facebook donde podemos compartir conocimiento, preguntas, y algunas sorpresas más...

<https://www.facebook.com/groups/69078840159703>

5

Para cualquier pregunta o sugerencia no duden en contactarme:

www.jorgemp.com

jorgemparral@hotmail.com

Con mucho cariño,

Jorge Muñoz Parral.

